

crisis espiritual, donde se trastocan las premisas que antes habían delimitado el lugar de la poesía como actividad separada de la política. Cuando la "política está llegando a la raíz del mundo", queda aun la naturaleza como un reducto al margen de la convulsión, pero incluso esta "torre de marfil inesperada" será la última. "Los dispositivos están situados en el centro de la flor".

Lanzado "a aprender el trabajo elemental de los hombres elementales", en su famoso poema "Con las mismas manos" Fernández Retamar había descubierto, por su parte, cuán "lejos estábamos de las cosas verdaderas" antes del triunfo de la Revolución. "Trabajamos: / no hay tiempo para estar tristes. // Trabajamos: / no hay tiempo para enfermedades de lujo. // Trabajamos: / no hay tiempo para pensamientos de muerte.", escribe De Oráa. Estos poetas celebran, así, el trabajo como un regreso a la autenticidad y una vía de reconciliación con la vida material, en la que se revela la comunidad profunda que habría entre la poesía prístina —antes de ser corrompida por el vicio literario— y los oficios manuales. No muy lejos del católico Vitier, Ernesto Guevara había sostenido que el "trabajo liberado", que no es ya mercancía sino "deber social", permite al hombre la "reapropiación de su naturaleza". Este culto al "trabajo voluntario", que criminaliza la iniciativa privada, no persigue únicamente la creación de riqueza; se vincula, tanto como a los afanes desarrollistas de la Revolución, al propósito de fortalecer la conciencia social que presidió el fracasado ensayo de construcción simultánea del socialismo y el comunismo en la Cuba de fines de los sesenta. Aquella nueva conciencia en cuyo nombre se hizo entre 1965 y 1968 la "desburocratización" se contraponía, según Castro, a la "mentalidad de bodegueros" de los negociantes y al poder del dinero propio de la decadente sociedad capitalista. La apología del trabajo voluntario era, entonces, inseparable de una crítica del dinero que presidió los intentos de eliminarlo en zonas como San Andrés de Caiguanabo y la Isla de la Juventud, a manera de ensayos de un proyecto radical que habría de llevarse a cabo en todo el país en un futuro no muy lejano.

En semejante contexto, "Pequeña historia de Cuba", el conocido poema de Eliseo Diego, cumplía una función análoga a los poemas militantes de Vitier. El rechazo "antimoderno" del dinero y la apología de la "pobreza irradiante" informaban allí una celebración romántica de la revolución como recobro definitivo de la pureza ori-

ginal perdida, de
nial, la reacción
en la usura dura
específico del
tud sobre el vicio
en el contraste
poema, y sobre t
te / de transpare

En las antíp
Infante de Vista
fin de la violenc
dictadura comu
poema de 1970
Diego, pues am
del lugar centra
ya no se especul
mo de las plant
nario de las mo
samente, tanto
aquella campañ
monio, Arenas
guily"; Diego.
dez Robaina,
promiscuidad c

Mientras, a
cia como una s
dictadura com
Diego sugiere
momento en c
cierta medida
estético y lo ét
visión colomb
blica y la Col
creación pecar
pecto constitu
"La Habana fu
ro el horror de
de hedores y
mercado y dál

nal perdida, después del dominio de la usura durante la etapa colonial, la reacción colérica de las guerras de independencia y la recaída en la usura durante la República. Romántico, digo, en el sentido específico del *romance* como triunfo del bien sobre el mal, de la virtud sobre el vicio y de la luz sobre la oscuridad, manifiesto por Diego en el contraste entre el cocuyo y los murciélagos, a lo largo del poema, y sobre todo en la visión final de la isla como "tierra naciente de transparencia en transparencia, iluminada."

En las antípodas de semejante percepción se colocaría el Cabrera Infante de *Vista del amanecer en el trópico*, quien en vez de celebrar el fin de la violencia narra su continuación en el mundo represivo de la dictadura comunista; algo semejante hace Arenas en *El central*, poema de 1970 que podría leerse como un contrapunto al poema de Diego, pues ambos abordan el presente a la luz del pasado cubano y del lugar central de la producción azucarera, Diego para celebrar que ya no se especule con la caña, Arenas para denunciar que el esclavismo de las plantaciones del XIX regresa en el universo concentracionario de las movilizaciones a la zafra del "esfuerzo decisivo". Curiosamente, tanto Arenas como Diego trabajaron "voluntariamente" en aquella campaña de 1970: interesado en autentificarlo como testimonio, Arenas fecha su poema en ese año en el central "Manuel Sangüily"; Diego, si creemos al testimonio reciente de Tomás Fernández Robaina, estuvo sólo un par de días, incapaz de soportar la promiscuidad del campamento.

Mientras, al igual que Arenas, Cabrera Infante concibe la violencia como una suerte de círculo infernal de la historia cubana que la dictadura comunista renueva con el horror de la represión política, Diego sugiere que la violencia secular ha terminado desde el momento en que la Revolución rompe el círculo, recuperando en cierta medida lo que había antes de la caída: aquel origen donde lo estético y lo ético están confundidos, que es la isla bella y pura de la visión colombina. Idéntica percepción de la continuidad de la República y la Colonia en la explotación del hombre por el hombre y la creación pecaminosa de riqueza, así como de la ruptura que a su respecto constituye la Revolución, aparece en otro poema de Diego, "La Habana fue un menudo laberinto", en el que se consigna primero el horror de la esclavitud ("La Habana fue un menudo laberinto / de hedores y riquezas donde el hombre / compraba al hombre en el mercado y dábale / duro con el infierno en las espaldas"), luego el de

la explotación capitalista (“Después el hombre le apretó las tuercas / bien recio al hombre en sus mugrientas fábricas / y regada en sudor creció en palacios / de mármol lívido la grande Habana”), para terminar aludiendo claramente a la lucha y el presente revolucionarios en los versos: “Después fueron la cólera y la vida / y huele la ciudad al agua hermana”.

El hecho de que, como este, “Pequeña historia de Cuba” no sea un poema demasiado referencial o explícito no lo “salva” en modo alguno de su contexto político. Su publicación en el número 67 de *Casa de las Américas*, donde aparece una declaración contra los críticos extranjeros que lamentan la farsesca confesión de Padilla, es significativa. No sólo porque Diego está entre los firmantes de ese documento, sino porque en el funesto período que inaugura entonces el Congreso de Educación y Cultura, mientras tantos escritores fueron marginados él gozó de favor oficial. Y parece difícil cuestionar la relación entre esa ventajosa situación —que incluye varios viajes a la Unión Soviética y otros países socialistas— y un poema como “Pequeña historia de Cuba”, donde los experimentos de ingeniería social comunista son el referente más estricto de los versos que rezan: “vivos, vivarachos de siempre, se acabó lo que se daba, ya no hay oro. / Porque no nos importa, porque es un sucio becerro y no nos da la gana”, como la zafra de los Diez Millones lo es de aquel otro que proclama que “no especulamos, de espejo a turbio espejo, ya infernalmente con la caña”.

Poeta antiletrado, Eliseo Diego, como su concuño Cintio Vitier, encontró quizás en la sociedad totalitaria una cierta restitución del sentido comunitario y de la amabilidad del mundo destruidos por el torbellino de una modernidad que llegó a identificar con la República de El Encanto y la especulación financiera: no la República de su padre, la de la ilusión fundacional y las retretas provincianas, sino la otra inauténtica a la que en los años cuarenta había opuesto la lenta rememoración de una Calzada que, con sus columnas, quintas y retratos entrañables, conduce tanto al linde misterioso de la ciudad y el campo como a la eternidad de Roma. Al proyectar sobre la sociedad transformada por la revolución castrista sus ansias de inmediatez y autenticidad, Diego obtuvo acaso una compensación suficiente por aquellos otros aspectos del régimen que no le agradaban en absoluto. Su concepción de la historia como “una genealogía filial y una vecindad afectiva”, su “visión comunitaria del tiempo y la

memoria” —en palabras mentos que permitieron mentalmente conservado revolucionario al que lego Cuba” y también “Cuba afirma que es

acaso, la mejor pondera ce la poesía cubana. U quier nacionalismo est so de la identidad ha interrogación y no por ta y no por la respuest la pena leer este breve que, al mismo tiempo interroga su saldo de v / por fin el sufrimient puente/ —a no haber s pes—/ a no haber sido igual, a no haber sido

Diego alude aquí al ña historia de Cuba” y Leído a la luz de estos “cólera” es, en primer lu cipó a los esclavos y, en de 1959 que la habría abre, entonces, ningún cuya tácita respuesta es explícitamente, es que el sufrimiento, la cólera sido por tanto necesari lista dominante, que necesidad de esa violen tanto, ni un velado cue margen, sino una reali

El sentido religioso ta la relación etimológ como sacrificio, ese su estaría en el origen de

memoria" —en palabras de Rafael Rojas— fueron otros tantos elementos que permitieron el *aggiornamiento* de la cosmovisión fundamentalmente conservadora que informa su obra poética y el orden revolucionario al que legitimó en poemas como "Pequeña historia de Cuba" y también "Cuba", que Rojas malinterpreta del todo cuando afirma que es

acaso, la mejor ponderación lírica de la herencia nacional que conoce la poesía cubana. Una ponderación, por cierto, que rehuye cualquier nacionalismo estrecho o maniqueo y que desplaza el discurso de la identidad hacia una zona inquietante, dominada por la interrogación y no por la afirmación o la negación, por la pregunta y no por la respuesta, por el tal vez, en lugar del sí o el no. Vale la pena leer este breve poema como un arte poética de la historia que, al mismo tiempo que asume todo el legado cultural de la isla, interroga su saldo de violencia y dolor: "el sufrimiento, ¿será fértil / por fin el sufrimiento?/ A no haber sido/ por el horror del entrepuente/ —a no haber sido por la sombra hecha de olores como golpes—/ a no haber sido por los golpes,/ y la cólera, ¿sería / la patria igual, a no haber sido / por la sangre?" (*Motivos de Anteo*).

Diego alude aquí al horror de la esclavitud, ya referido en "Pequeña historia de Cuba" y en "La Habana fue un menudo laberinto". Leído a la luz de estos dos poemas, parece bastante evidente que la "cólera" es, en primer lugar, la revolución independentista que emancipó a los esclavos y, en un segundo nivel de alusiones, la revolución de 1959 que la habría completado. La interrogación de Diego no abre, entonces, ningún espacio inquietante: es una pregunta retórica cuya tácita respuesta es negativa. Lo que el poema dice, sin afirmarlo explícitamente, es que la patria no sería igual de pura si no fuera por el sufrimiento, la cólera y la sangre; que la violencia revolucionaria ha sido por tanto necesaria y creadora. Con respecto al discurso nacionalista dominante, que afirma, en la línea del discurso martiano, la necesidad de esa violencia redentora, este poema no representa, por tanto, ni un velado cuestionamiento ni tampoco una interrogación al margen, sino una reafirmación lírica más.

El sentido religioso con que Diego percibe el sufrimiento rescata la relación etimológica entre el sacrificio y lo sagrado: concebido como sacrificio, ese sufrimiento histórico del que se habla en "Cuba" estaría en el origen de la restitución de la sacralidad que los orígenes

nistas católicos llegaron a percibir en la Revolución. Para Diego, "en el mundo sombrío de la caída" el sacrificio está, según señaló en la importante conferencia publicada en 1959 en el primer número de la *Nueva Revista Cubana*, en el origen de todo acto poético perfecto. A la luz de esta idea central de su poética, se percibe mejor que tanto "Pequeña historia de Cuba" como "Cuba" implican una concepción de la revolución que Diego manifestó inequívocamente al afirmar, en los años ochenta, que "La tesis de Lezama se cumplió; es decir, Fidel hizo lo imposible, realizó lo imposible. La Revolución es una obra de la poesía; es la mayor sorpresa imaginable."

5

Esos poemas de Diego remiten, ciertamente, a una lectura de la historia de Cuba que alcanzó su apogeo en torno a 1968; ese no fue sólo el año de la "ofensiva revolucionaria" sino también el de los "Cien años de lucha": ambas compañías —la una de carácter práctico, simbólica la otra—, expresaban, en el fondo, una misma radicalidad; si no era ya posible que hubiera comercios privados al margen del estado, tampoco había espacio para la nación fuera de aquella única revolución que había culminado Fidel Castro. La militancia revolucionaria, ahora en el centro de la vida social, se proyectaba a toda la tradición nacional, de la que habría de quedar absolutamente excluido todo reformismo. En su sonado discurso del 10 de Octubre de 1968, Castro se refirió a la controversia entre Martí y la "corriente autonomista" con sus "procedimientos leguleyescos y electorales y engañosos que no conducirían a nuestra patria a ningún fin", pues le interesaba afirmar la vigencia de aquel enfrentamiento, a lo largo de la historia de Cuba y desde luego en el presente:

¿Y qué se puede parecer más a aquella lucha de ideas de entonces que la lucha de las ideas hoy? ¿Qué se puede parecer más a aquella incesante prédica martiana por la guerra necesaria y útil como único camino para obtener la libertad, aquella tesis martiana a favor de la lucha revolucionaria armada que las tesis que tuvo que mantener en la última etapa del proceso el movimiento revolucionario en nuestra patria, enfrentándose también a los grupos electoralistas, a los politiqueros, a los leguleyos, que venían a proponerle al país remedios que durante 50 años no habían sido capaces de solucionar uno solo de sus males, y agitando el temor a la lucha,

el temor al camino revolucionario
la lucha revolucionaria

El discurso de Castro "Cuba", demagógica reafirmación de "nuestro pueblo", y una que llegaba a afirmar que las ideas de la república se habían perdido por los anexionistas o neoanexionistas que habían batieron la independencia. Pero reconocer ese detalle en esa película de propósito del centenario

Y no sólo él. En la celebrada en ocasión de Manuel Moreno Fraginals "do en autonomismo" e Independencia, prevalece política de carácter reformista, y es a fin de cuentas cuando la revolución parte, aseguraba: "La nación nirse efectivamente en véis de —yo diría— una denominar la nación y este proceso de creación

Estos reconocidos en la mesa redonda— con momento con las tesis nos habían sostenido a fía republicana. Mientras los autonomistas y algunas, como contribuyeron actitudes de la burguesía en 1942, Sergio Aguilar nario de las tres tendencias en aquel siglo, afirma de 1868, en la fase au